

V Edición

atrévete

Quando dejamos de ser hombres

José Ramón García Franco

L'home les caparines

Blanca Inés Fernández Quintana



Asturias



FUNDACIÓN ASTURIAS



Índice

Primer Premio	9
Cuando dejamos de ser hombres. Jose Ramón García Franco	
Mención. Modalidad asturiano	25
L'home les caparines. Blanca Inés Fernández Quintana	



Presentación

La Fundación Cultural Asturias viene desarrollando, a lo largo de sus ya más de veinte años de existencia, una significativa labor para la promoción de noveles autores en las disciplinas de expresión plástica y literaria.

A ello responden los dos concursos que anualmente convocamos, el de pintura y el de relatos breves, ambos dotados con interesantes premios y destinados a pintores y escritores pertenecientes al ámbito de la comunidad autónoma asturiana.

Este pequeño libro, que se edita ya por quinto año consecutivo, recoge los relatos que, tras un debate no exento de intensidad, resultaron ganadores del V Concurso Literario. A él se presentaron un número considerable de obras de estimable calidad, lo que nos llena de satisfacción y nos anima a continuar trabajando por el éxito de las ediciones venideras.

En esta ocasión el primer premio recayó en el relato “Cuando dejamos de ser hombres” del que es autor José Ramón García Franco, trabajador siderúrgico y escritor, mientras que la Mención especial fue para el texto titulado "L`Home les caparines", de Blanca Inés Fernández Quintana, autora que, con tan sólo 17 años, sorprendió gratamente. Sin duda tiene una prometedora carrera por delante.

Me queda dar las gracias al jurado por la dedicación e ilusión que ponen en su tarea: Antonio Masip, abogado, escritor y eurodiputado del PSOE, Antón García, escritor, María Isabel Alvarado, inspectora de la Consejería de Educación y Universidades del Principado de Asturias, Brezo Díaz-Rubín, diseñadora y miembro de la Asociación de Amigos de la Biblioteca de Asturias y Manuel Díaz Cancio, Secretario de Formación y Empleo de UGT Asturias.

Nada más, espero que disfruten con la lectura.

Carmen Caballero Díaz

Presidenta de Fundación Cultural Asturias

Ganador



Jose Ramón García Franco

Nacido en Avilés en 1978, comienza su andadura por las letras a temprana edad decantándose por los relatos cortos.

Con el paso de los años, se aventuró en su primera novela corta titulada «Demonios en abril», para seguidamente avanzar un paso más y adentrarse de pleno en su primera novela de índole psíquica y oscura, titulada «Julio Dómine y la casa sin ventanas ni puertas». Dicha obra sería elegida como finalista en el I certamen literario de la editorial Artgerust. Seguidamente, escribiría dos libros de recopilación de relatos cortos, «Raro» y «Hombrenoides y acontecimientos de un minuto». Sin realizar ninguna pausa en su escritura y forjando un estilo personal a base de experiencia, continuó trabajando y engrosando su obra; «Los 17 y la mujer sombría», «El muelle de Aruanda» y «La desdicha de Abilio Pamones» fueron sus trabajos posteriores.

Ha participado en varios certámenes de relatos cortos, siendo finalista con su micro relato «Negro», en el I concurso de micro relatos de La cesta de las palabras.



Cuando dejamos de ser hombres

Por mucho que me lo explique mi papi, jamás comprenderé eso al que se refiere como «el otro mundo».

Mi papi dice que hace muchos años el aroma en las calles era distinto, incluso cada familia tenía su casa. Al parecer, casa, es un sitio donde sólo viven tus familiares, sin tener que compartir nada con otra gente que no conoces. Me contó que, tenían unos huecos muy grandes, como vasos gigantes donde se metían llenos de agua y se bañaban, como si fuera el mar, pero únicamente ellos, o sea, los que vivían en la misma casa. Antes, la gente vivía más dispersa por todo el mundo según mi papá, ahora no, ahora tenemos que estar muy juntitos al lado de esos edificios de metal tan grandes. A mí no me gustan nada, por que a veces la gente se enfada y empiezan a pegarse los unos a los otros. Mi padre me tapa la cara con sus manos y me dice que eso no lo tiene que ver una niña tan bonita como yo, por que yo sólo tengo seis años. A veces no me

tapa bien los ojos y veo a unos señores de azul que llevan unas cosas en la cabeza que les tapan la cara, pegando a otros hombres. Muchos de ellos quedan tirados en la calle, yo creo que son borrachos que beben mucho vino, por que quedan tirados rodeados de un liquido rojo y no se mueven. Yo creo que es vino porque cuando es mi cumpleaños mi padre lo celebra bebiendo vino. Él dice que es un lujo beber vino, no entiendo muy bien que quiere decir la palabra «lujo» y le suelo dedicar una de mis mejores sonrisas a mi papi. Algún día le preguntaré que es tener «lujo».

Mi hermano Alejandro tiene quince años y es muy bueno conmigo. Él me cuida y dice que es mi «hermano-mamá». Yo no tuve madre, aunque las pocas amigas que tengo dicen que eso es imposible, pero yo les juro que no, que en mi casa nunca hubo una mujer, que me cuidan mi papi Mario y mi hermano.

Me da mucho miedo cuando mi papi se va a por agua y nos deja solos a mi hermano y a mí, bueno, solos no estamos, hay mucha mas gente a nuestro lado pero no los conocemos de nada, y mi papá me dice que hay que tener cuidado que hay gente muy mala por el mundo. Cuando se marcha por el agua mira a mi hermanito y le habla al oído, le dice cosas que sólo él puede escuchar y a mí me da envidia. Yo le pregunto a mi hermano que me diga las cosas que le dice, pero Alejandro no me cuenta nada y me pongo a llorar para ver si le doy pena, pero nunca me lo cuenta. Algún día me enteraré, por que soy muy tozuda como dice mi papi. Dice que salí a él. Cuando me explicó que era la pa-

labra tozudo se lo llamaba a casi todo el mundo; «Alejandro, vaya tozudo que eres» o alguna amiga mía; «Beatriz, no seas tan tozudo» y ella se quedaba de piedra por que no sabía que era la palabra tozudo.

Creo que mañana nos vamos de aquí, otra vez, según mi papi a un sitio mejor, aunque yo creo que es por que últimamente hay mucho borracho y eso le preocupa.

Ayer de noche, mientras dormíamos acurrucados, hubo un gran ruido y vi fuego, gente corriendo de un lado para otro gritando y, unos hombres con enormes bolsas y unos cuchillos muy grandes dando voces diciendo; «¡dame los malditos botes!». Se formó un alboroto muy grande, perdí de vista a mi papi y hermano, y tuve mucho miedo. Me puse a llorar como nunca, aunque no servía de nada, porque había tanto ruido por toda esa multitud de gente, que lo único que hacía era ponerme mas nerviosa, hasta que noté una fuerte mano que me cogió y me aupó a su cuello. Era mi papi, que corriendo tiraba de mi hermano con la otra mano. Nos escondimos en unas enormes cajas y mi papi se rompió la camisa para ponerme el trozo de tela por los ojos para que no viera nada, y la verdad, que así fue, no vi absolutamente nada. Ese día dormí muy mal, estaba incomodísima, eso si, no había nadie donde nosotros durmiendo, igual era una casa.

Al día siguiente cuando me desperté me fui a quitar el lazo, pero mi hermano no me dejó, me cogió la mano derecha y mi papi la izquierda, pero al ser de día podía ver a través del lazo, figuras en la calle tiradas y regueros de vino.

Ayer de noche debió haber mucho «lujo» por la calle.

Hace muchos años que el mundo se ha derrumbado y, los únicos culpables somos nosotros, la humanidad. Muchas guerras se han desatado por el petróleo, pero sin duda alguna, la peor ha sido la del agua. Simplemente vivimos en un planeta casi sin agua potable. Vivimos acondicionados en complejos distribuidos a lo largo del mundo, complejos situados al lado de plantas desalinizadoras que racionalizan el agua a la población masificada que proviene de muchas partes de España. Me imagino que en el extranjero estén igual. Nos dan veinticinco centilitros por persona, en mi caso, con mis dos hijos me dan setenta y cinco para pasar el día, asearnos, beber, ... y lo peor no es eso, es la magnitud de gente que hay agrupadas en las ciudadelas, extremadamente superior a lo que las plantas pueden producir, originándose todos los días asesinatos, robos, ... Malos tiempos para vivir. Mañana tendré como tantos otros que emprender camino en búsqueda de otra ciudadela. La cosa no pinta nada bien, el recorrido es largo y puede pasar cualquier cosa, además, no estoy seguro de que al llegar estén mucho peor que nosotros ahora. La policía no da abasto, simplemente, la cantidad de gente deshidratada y de desquiciados es tan elevada, que nada se puede hacer ante tal número de desdichados.

Lo único que tengo en este mundo son mis dos hijos, Rosa y Alejandro. Si les pasara algo me moriría. Mi mujer Ana, murió de cáncer cuando Rosa únicamente tenía un año.

La cosa iba de mal en peor, la guerra por el agua hizo que el propio hombre se autodestruyera. Nunca se miró por ella y cuando la humanidad se vio obligada a compartirla, se entró en un conflicto bélico que originó millones de muertes civiles, además, como los gobiernos no consiguieron su propósito, lo que hicieron fue lanzar bombas biológicas para contaminar el agua, lagos, ríos,... en fin, así de tercos somos los hombres, así nos pintan las cosas; si no es para mí, no es para nadie.

Toda la población de España se desplazó hacia la costa, hacia las ciudadelas. Nos metieron en una especie de ghettos donde convivíamos en una misma habitación docenas de personas, mirándonos con caras de pocos amigos, a la defensiva, por qué a la mínima, tu ración de agua diaria desaparecía, o lo que es peor, tu cartilla de ración anual.

Mañana va ser un día muy largo. Todos los días por la mañana me es inevitable sentir auténtico miedo. Tengo que ir por la ración de agua para mi familia y, como no quiero que mis niños vengán conmigo porqué es muy peligroso debido a los atracos, los dejo solos no muy lejos de mí, pero al fin y al cabo, están solos, en un antro de mala manera lleno de gente enferma y con malos pen-

samientos. Además, el contrabando de niños se estila mucho y se paga con unos buenos litros de agua el mantener relaciones sexuales con los menores.

Ayer de noche hubo una gran revuelta en mi sector del ghetto, desalmados con cuchillos matando a diestro y siniestro para conseguir los botecitos de agua. Tuve que salir corriendo con mis hijos y escondernos en un contenedor de residuos orgánicos, pero ahora las cosas son muy distintas, esos contenedores están llenos de gente que muere a diario, ya sea por enfermedad común, por deshidratamiento, asesinados,... La policía los tira en esos contenedores, y los vacían cada dos días quemando los cadáveres.

A veces por las noches me viene la idea que me ocurriera algo y que se quedaran solos mis niños, en este mundo de locos. Confío mucho en mi hijo mayor Alejandro, es como otro padre para Rosa. Tiene quince años pero ha madurado tan rápidamente que tiene unas ideas y unos planteamientos de la vida como si tuviera treinta. Es increíble lo que te hace desarrollar la necesidad de vivir, o más bien, de sobrevivir.

Habitualmente le hablo a Rosa de cómo eran antes las cosas, pero la pobre no se entera de nada, se ha criado así, entre muerte, enfermedad, vándalos, pandemias, olores a putrefacción,...No se da cuenta que la humanidad entra en lo que nadie años atrás pudo imaginar, o mas bien sí, pero como no les iba a tocar vivirlo a ellos... Pues sí, me está tocando vivirlo a mí y a mi familia, la rec-

ta final del planeta al que llamamos Tierra. No deja de hacerme gracia, Tierra, eso es precisamente lo único que va quedar en nuestro planeta.

Cada día se repite con más frecuencia lo ocurrido ayer de noche, muchos niños de mi edad y de mi hermana han desaparecido últimamente. Ayer oí a un hombre decir que esta planta desalinizadora estaba en las últimas, que gran parte de los operarios que trabajaban en el mantenimiento, así como en la producción del agua dulce han sido atacados por un ejercito incalculable de hombres desnutridos, como si se tratara de un ejercito proveniente de las tinieblas. Así que a esta planta poco le queda de servicio.

Mañana por la mañana cuidaré de Rosa mientras mi padre va a llenar nuestros botes de agua y nos iremos de aquí. Con menos de un litro para tres personas y sabe dios cuantos kilómetros por delante.

Mi padre Mario, me enseña todos los días cosas para sobrevivir, porque tiene miedo que le pueda pasar algo y que nos quedemos solos Rosa y yo, pero... ¿Qué mas da? Como oí una vez decir a mi padre a otro hombre que dormía al lado nuestro, «La calidad de vida hoy en día es una mierda, y la duración de la misma es un puto suspiro».

Si algún día falta mi padre, cuidaré de Rosa y encontraremos un lugar decente para vivir solos, sin humanidad hostil a nuestro alrededor. Tiene que haber

sitios que no estén ocupados, el problema es que la humanidad es la peor plaga que hay. Cuando te asientas en un lugar placentero y te ven, date por jodido. Yo no sé que es peor, si la falta de agua o el hombre en sí.

Voy intentar dormir algo, aunque lo veo difícil, la gente de mi sector del ghetto está muy intranquila, y no me extraña después de lo ocurrido ayer de noche. Vaya carnicería, ya no era matar para conseguir agua, era matar por matar, matar por que la raza humana se muere de sed y está nerviosa, descontrolada.

Mi padre muchas veces me dice que un niño de mi edad no debería crecer viendo esto, pero es inevitable, y yo ya estoy curado de espantos. A mi hermanita le intentamos poner lacitos en los ojos para que no vea y sea consciente de lo que le rodea, pero yo sé que ella se percata de todo, a su manera, pero se da cuenta de todo lo que acontece a nuestro alrededor.

Hoy he levantado a los niños antes de tiempo para tomar posiciones en la cola de racionamiento. Cuando me he despertado, me percaté que faltaba gran número de gente durmiendo. Cogí en mi regazo a Rosa, y Alejandro me siguió intentando no hacer ruido y despertar a nadie. Sé, que cuando hoy abandonemos el pueblo no estaremos solos, seguramente formaremos una inmensa columna y eso es un arma de doble filo. El lado bueno es que, evitas que te asaltasen por el camino, y el malo es, que si la cosa se pone mal debido a la escasez de agua, se convierte en una autentica carnicería. Hay que estar aten-

to a los demás, en sus caras, no ponerme en el medio de la columna de exilio, ni al principio. Al final, que pueda ver lo que pasa y esconderme si las cosas se ponen feas. Bueno, hay tantas cosas que he descubierto en este mundo para sobrevivir. Intento taladrar a Alejandro con todas mis vivencias para curtirlo y que esté preparado para cualquier situación.

Estamos acercándonos a la cola de racionamiento, aquí puede pasar cualquier cosa, así que dejo a los niños escondidos y le doy a mi hijo la pulsera roja que me regaló Ana cuando nos casamos. Siempre lo hago por si me ocurriera algo. Le pongo la pulsera roja en la muñeca derecha mientras le susurro al oído lo que tiene que hacer por si falta, como todos los días. Miro a Rosa que tiene cara de preocupada y la beso como si fuera la última vez. Por que algo he aprendido en todos estos años, ahora más que nunca, cualquier momento puede ser el final.

Llevo dos días sin beber para dar mi ración a mis pequeños y necesito hidratarme ya. Me picarán por última vez mi cartilla de racionamiento aquí, llenarán los botes y correré junto mis niños. Nos iremos pronto para observar la muchedumbre, saber que hacen y actuar en consecuencia.

Un relampagueo sacude mi mente, otro recuerdo con Ana en el jardín mojándonos con la manguera en pleno verano...pero es cuestión de milésimas de segundo el volver al presente, abrir los ojos y contemplar la escena, como si se tratara de una película en blanco y negro. Ya no existe el color.

La cola avanza rápidamente. En breves será mi turno.

Ahora estoy solo con mi hermanita. Es el momento del día que mas nervioso me pongo. Mi padre se fue por el agua no sin antes darme las instrucciones de rigor. Rosa y yo estamos agazapados detrás de una montonera de escombros, ella está totalmente tapada ajena al bullicio de afuera. Observo a lo lejos la fila de racionamiento. De repente, un ruido heló mis venas. La mitad de la fila de adelante a atrás estaba envuelta en llamas. La propia policía estaba rociando a todo el mundo con gasolina desde el tejado de la nave y arrojaban bolas de papel de fuego para que prendieran. Los gritos y el olor a carne quemada se hicieron presentes en toda la ciudadela. Mi instinto fue correr hacia el inmenso incendio humano para buscar a mi padre, pero, igual se había salvado, igual estaba al final de la cola o ya venía hacia nosotros. Debía de esperar y no dejar sola a Rosa. Mi padre sabe cuidarse muy bien, aunque en el fondo, sabía que era imposible salir de ese círculo de fuego tan bien calculado y premeditado. Rosa al verme inquieto y oír a toda la gente intentó subirse a los escombros para ver lo que sucedía. La cogí por los hombros y la volví a sentar detrás de ellos. Saqué de mi bolso izquierdo el lazo que me dio mi padre y le cubrí los ojos.

Hoy por la mañana hubo un gran jaleo en el pueblo, pero mi hermano no me dejó ver lo que sucedía y me puso como siempre el lazo, además, esta vez me

lo puso muy bien y no pude ver nada de nada. Me imagino que se llenarían como siempre las calles de borrachos.

Caminamos muchísimo por la mañana, yo creo que nunca caminé tanto. Estoy muy cansada. Cuando me quitó mi hermano la venda, vi a mucha gente delante de nosotros también caminando. Seguro que ellos están también muy cansados como yo. Sólo se oía llorar y no sabía porqué. Igual es que les daban pena dejar nuestro bonito sitio.

Tardé en darme cuenta de que mi papi no venia con nosotros y me puse muy nerviosa, miré a mi hermano que también estaba llorando y le pregunte que donde estaba papá. Me dijo que estaba en otro sitio más bonito que este, que nos vería allí y que me enseñaría a mi mami. Cuando me dijo eso me puse muy contenta, por que mis amigas tenían razón, yo tengo mami, como todas las niñas. Seguro que están en lo que decía mi papi que era una casa. Mi hermano me lleva allí, por eso hay que caminar mucho, pero yo soy muy fuerte y seré muy buena y obediente con tal de conocer a mi mami y ver nuestra casa.

Noté la mano de mi hermano como me secaba las lágrimas de mi cara guiñándome el ojo izquierdo. Se agachó y cogiéndome el brazo, me colocó una bonita pulsera roja en la muñeca.

Mención

Modalidad Asturiano



Blanca Inés Fernández Quintana

Nací en Bimenes en 1994. Vivo en Bimenes, circunstancia que me ha ayudado a hablar y escribir en bable, ya que tengo la suerte de vivir en un lugar en el que el bable es lengua cooficial.

Desde pequeña, aunque no me gustaba nada leer, me ha gustado escribir y también dibujar. Recuerdo que cuando era pequeña, gané algunos premios infantiles de dibujo y escritura que organizaba UGT relacionados con la Navidad, pero no logro acordarme del nombre de los concursos.

Ya en secundaria (la cual cursé en el IES “Peñamayor” de Nava) gané varios concursos (eso sí limitados a gente de mi edad y a la Comarca de la Sidra):

2007:

- Primer premio de IX Concurso Literario de Relatos Cortos Comarca de la Sidra
- Ganadora de III Concurso de Tires Cómiques n’asturianu Comarca de la Sidra

2008:

- Filalista de IV Concursu de Tires Cómiques n'asturianu Comarca de la Sidra

2010:

- Ganadora del I Concurso de Relatos Cortos Festival de la Sidra(gané el de 2010, no el de 2011 que era para jóvenes de hasta 35 años)

Actualmente curso 2º de Bachillerato de Humanidades y Ciencias Sociales, por la rama de Humanidades y quiero estudiar periodismo.

Me encanta dibujar, escribir y leer (tanto comics como libros), soy una gran aficionada a la cultura japonesa(lo que llaman un otaku) y además practico judo. También estoy preparando el First Certificate of English.

L'home les caparines

El rostru espresaba tranquilidad, cuasi parecía que sonriera pa tola eternidá. Tenía los güeyos abiertos, mirando pal infinitu, d'ún collor azul, cuasi blancos. El pelu rubiu, cuasi blancu tamién, tapaba-y la metá de la cara, naque non tenía nin una sola arruga, y desparramábase al so alrededor. Taba tendíu nel suelu, boca arriba, coles manos na empuñadura d'una especie de puñal, que s'hundía nel bandullu. Non había nin una sola de sangre, parecía una figura de cera, qu' en xamás viviera. Cuando vi aquello pensé 'n qu' ella non mintió nunca, que tolo que contó yera verdá, qu'aquella hestoria increíble finó, y delante de los mios güeyos. Acerqueme y pesllé-y los güeyos, aquellos que tanto vieron y vivieron. Dempués entamé a correr.

Y aquella hestoria volvió a la mio mente.

A ella conocila un día antes. Ella vivía na casa al llau del río, una casa rodiá por árboles que cuasi nin se vía. Dende que yo yera pequeña decíenme qu'aquella muyer yera bruxa, que naide s'atrevía a acercase a aquella casa, que non envecía,... y esí pasaron los años, encluso colé a vivir a otra ciudá, y luego volví, cuando yera ya una mocina. Entós ya non creía n' aquellos teoríes de lo que yera o no yera aquella muyer y decidí dir a ver quién yera en realidá.

Cuandu llegué a aquella casa un sentimientu de terror recorriome tol cuerpu: la casa tenía un aspetu de verdá pantasmagóricu: la pintura taba medio cayendo y algún qu'otru cristal taba rotu nes ventanes. Taba rodiá d'árboles y a la entrada tenía unes florines blanques plantaes, que non vi enantes en tola mio vida, que destacaben n'aquel ambiente tétricu. Taben enlles de caparines. Yera la primera vez en tola mio vida que vía tantes xuntes. N'aquel llugar cuasi nunca se víen y aquella concentración yera realmente extraordinaria. Al llau de la puerte había una campanina cola pintura desconchá, que tenía pinta de tar en desusu durante años. Cuando fice que sonara cuasi non lo fizo, pero a pesar d'eso la puerte abriose con un sonidu chirriante.

—Quién yes— preguntó una muyer, una muyer que non imaxiné esí pa ná.

Tenía la cara y el cuerpu enllenu d'arrugues y el pelu blancu como la ñeve, recoxiu nuna coleta que-y llegaba hasta la cintura. Taba per delgada y llevaba puestu un vestíu floxu de color azul, desgastáu polos años.

—Vengo a conocela—.

—Naide nel pueblu tien valor pa venir, cómo ye entonces que tú sí lu tienes— dixo la muyer.

—Non creo nes mentires y les habladurías—.

La muyer taba sorprendida, seguramente porque facía años que naide iba por allí.

—Pasa entonces, si tan valiente yes—.

Y crucé la puerta ensin pensalo dos veces. La casa tenía un aspetu vieyu y desdexáu, too taba enlleno de polvo. Los muebles, al marxen d'eso, parecien de calidá, como si n'otru tiempu fueren lo meyor. Llecome hasta la cocina, naque solo había una cocina de carbón, una mesa y dos sillles.

—La casa non ta muy llimpia porque fae años que non vien naide—.

Senteme na silla y miré pala paré. Yera blanca, ennegrecía nes esquines pola humedá. La muyer sentose na otra silla y pasó un cachu oservándome. Dempúes entamó a falar:

—Voy contate una historia, qu'unque de primeres te parezca rara, solo te pido que m'ascuches—.

Dixe-y que sí cola cabeza. Lo que menos esperaba yo ye que se pusiere a contame una hestoria.

—Gustaríame qu'alguien conociere la mio hestoria, enantes de que me vaya d'esti mundu, que no cayere todo nel olvidu—.

Volví a decir que sí con xestos.

—Hasta que cumplí los venti años yera una moza ensin preocupaciones. Non atendía a la política, dexábala palos homes, non pensé que podía cambiame la vida. La mio familia yera comunista, polo que persiguiéronnos durante el réxime. Al mio pá y a la mio má encarceláronlos y el mio hermanu y yo huimos pal monte. Pasamos selmanes huyendo pa que non nos altoparen, y al final decidimos que lo mejor diba ser separanos. Despedime del una nuechi y al día siguiente él ya non taba. Fue la última vez que supe d'él. Yo non sabía ónde taba, taba desorientada. Los díes pasaben llentamente y yo ya non sabía ni que mes yera, pero el tiempu empeoraba pocu a pocu, haciéndose 'l fríu inaguantable y llovía a menudu, polo que debía de tar ya el Iviernu prósimu. Taba poniéndome ca vez peor y tenía fiebre, pero a pesar d'eso seguí huyendo. Una nuechi altopeme con esta casa y asústeme. Iluminá pola LLuna yera grande y pantasmagórica. Corrí en dirección de los árboles y de repente caí al suelu. Dempués volvíose too negro—.

—Desperté nun llugar cómodu y asusteme porque non sabía n'ónde taba. Y cuando abrí los güeyos asusteme más tovía. Taben mirándome unos güeyos azules, cuasi blancos de claros que yeran. Tenía el pelu roxu cuasi blancu que-y caía polos hombros cuasi hasta la cintura. “Pensé que non dibes despertar” dixo con una sonrisa. Yo non tenía fuerces pa falar, no yera capaz a decir na. “Yo non soy uno de los que te persigue”, continuó diciéndome, “ Yo non atiendo a política ni a idees, eso ye algo que va y vien, namás, que solo fae dañu a la xente”, dixo acariciándome la cara. Esa fue la primera vez que falamos, o meyor dicho, la primera vez que faló el conmigo. Esi fue el comienzu d'una relación estraña, increíble y estraña—.

—Cuandu empecé a recuperame di-y les gracias mil veces por cuidarme. Les semanas pasaben y yo taba nun estáu críticu. La metá del tiempu dormía y la otra metá non sabía ónde taba. Tenían muncha fiebre y más d'una vez tuve a puntu de morrer. Él cuidábame, ensin saber yo la razón, ensin pedir ná a cambiú. Al final cureme, pero taba muy débil y costábame muncho moveme. El llevábame la comida tolos díes a la habitación, qu'agora ya podía ver ensin problemes. Yera una habitación cenciella, de parés blanques y solo con una cama de mae-ra. Nunca decía ná, solo traía la comida y marchaba, luego venía a recoxela y esí tol tiempu. Pocu a pocu pude dir caminando y ya andaba pela planta de arriba. Cuandu por fin pude salir fuera ya yera primavera. Ayudome a baxar los escalones de la entrada pocu a pocu.—

—Ellí pusome una silla y senteme. Sonréi-y ensin saber que decir. Di-y les gracies mil veces aquel día, por sálvame y por non delátame a la Guardia Civil. “Non tengas miedo, non voy decir ná, equí tas a salvu”. Todo yera verde ellí, parecía qu’aquel llugar tuviere apartáu del mundu. Y entós vi les florines qu’había alrededor de la casa: unes florines blanques que non había visto ‘n xamás, per preciosos Y lo más estraño tovía, taben enllenes de caparines, de tolos colores y tamaños, les más estrañes que te pudieres imaxinar. “ Yes la primera persona que les ve” contome. Pregunte-y que porque había tantes. “ Ye una hestoria llarga de contar”—.

—Una caparina posóseme na mano. Yera una caparina trasparente y cuasi del tamaño d’un puñu, yera muy rara, más rara tovía que les otres. “Nunca vi una esí, verdá”. Respondí-y que non y seguí oservándola. De repente entamaron a posase en los sos brazos y a rodialu. Él non se sorprendía, non facía na pa apartales, cenciellamente dexábales posase, ensin asustase. Pregunte-y que cómo conseguía aquello. “ Elles cenciellamente vienen a mí”. Yo non lo entendía. “ Si te lo contare non lo creerías” continuó diciéndome. “ ¿Vas marchar d’equí?” preguntome. Respondí que non tenía donde ir. “ Cualquier cosa ye meyor que esto, cualquier problema que tengas, cualquier cosa ye meyor, non puede haber na peor que esto”. Respondí-y qu’eso yera mentira, que hai coses muncho peores. “ Cualquier casu ye meyor,

encluso el tuyu, prefiero non saber na de la mi familia a no tenela nunca". Yo empecé a llorar y grite-y que él non sabía lo que yera non saber si taben vivos o muertos, si algún día dibes a volver a velos, qu' igual el mio hermanu morrió por salvame, qu' huyó seguro porque taben cerca, que yo non tenía a ónde ir, qu' era una prófuga, que tarde o temprano diben a matame como a tantos otros, qu' igual me quedaben meses—.

—Tireme de rodielles nel suelo y ficeme un gurullu. " Non quería que sufrieres, solo te digo que yo toi mucho peor que tú. Y sí, el to hermanu morrió, a la selmana de separase de ti. Y tó pá y tó má tan vivos, y problamente van vivir muchos años. Y a ti non te queden meses, tú non vas morrer, puedo prometételo". Dixo intentando abrazame. Zafeme de los brazos y apárteme asustada. Cómo podía saber qu'el mio hermanu taba muertu, cómo, pregunte-y gritando-y, asustada, dándome cuenta de qu'aquello yera mui raro. " Solo lo sé, non lo entenderés". Pregunte-y que yera esti llugar, que yera todo esto, por qué yera tan raro, por qué me salvó, que taba pasando equí. " Non lo entenderés, non lo entenderés"—.

—Él non paraba de mirar pales caparines, como esperando que respondieren ellos, como esperando que ficiere algo. Posóseme nel hombru otra vez la caparina trasparente y cogila cola mano. Amenacelu

con matala. “ Non lo hagas” suplicome. “ Quies saber que ye esto, pues vas sabelo” dixo llevántome cogiéndome pol brazu. “ Vesles, vesles toes, son persones, la vida de les persones”. Pensé qu’aquel home taba llocu. “ Esti llugar ye un llugar especial, un llugar nel que la vida y la muerte tienen representación, nel que puedes ver la vida y conocer la muerte. La xente que vive equí tien una ventaxa sobre el restu del mundu. Ellos puen saber cuando van morrer, puen sabelo. Equí non se acerquen, porque saben qu’equí ye ónde pasa todo—.

—Cuando alguien naz faelo tamién un gusanu, el gusanu haz un capullu, a la par que los años pasen pa la persona. Y cuando la caparina sal del capullu significa que la persona va a morrer. La caparina aparece al llau de la persona correspondiente, anunciando la muerte. Puen pasar dos díes, tres como muncho. Y esa persona muere, la caparina muere y naz un gusanu y otra persona en el so llugar. Y vuelve el mesmu procesu otra vez. La xente equí conoz la hestoria, saben que nel momentu que se-yos presenta ye que yos queden díes. Despidense de la xente, muerren en paz.” Aquella hestoria yera inversímil, aquello non podía ser verdá, aquello yera una mentira. Dije-y que non lo creía. Entró na casa y salió con una caxa na mano, una caxina de madera muy cenciella. Arrodillose al mio llau y abriola. Ellí había una caparina, una caparina pequeña, verdosina, que taba como petrificada y nin se movía. “ Tá petrificada, también puedo facer esto.

La persona correspondiente a la caparina ta viviendo más de lo que debería. Pero esto ye lo único que puedo facer a cambiú de cargar con esto”. Grite-y qu’igual la persona non quería vivir, qu’igual quería qu’aquello acabare. “ Pero yo non quiero qu’acabe, non quiero. Toi equí dende tiempos remotos, ensin nadie, ensin importame nada. Viendo como la vida de les persones s’esfuma, como comiencen otres, y estes tamién acaben—.

—Llevo años de penitencia equí, impertéritu nel tiempu, ensin facer nada. Haz unos meses nació ésta. Nunca vi otra igual, una caparina verdosa, una caparina diferente y pequeñina. Non pensé qu’aquella caparina fuere a cambialo too y dexela volar hacia la so persona. Y la persona apareció, desorientada, perdía, asustá, desesperá. Apareció equí, ensin yo esperalo. Naide venía equí, yera cuasi imposible llegar. Pero les fuerces fallaron-y y desmayose. Y la caparina posose sobre ella. Acerqueme a ella y respiraba tovía. Yera insólito que llegare equí, aquello yera una señal, algo indicaba. Pero quedaben-y díes. Durante años vi a la xente morrer, ensin importame. Pero aquella persona llegó a mí, ensin saber a ónde llegaba, y cambió les coses ensin sabelo. Llevela a una de les habitaciones de la casa y empecé a cuidala. Y pa que no morriese detuve la vida de la caparina. La moza recuperó el sentíu y entós surgiome ‘l dilema de qué diba a decir, qué iba a desplicar. Decidí esperar a que tuviere bien y a que se recuperase—.

- Y luego saquela equí fuera. Y enfadose conmigo, harta de tar equí, harta de too. Qué quies que te diga. Tienes derechu de querer acabar con esto. Toma la caxa, equí tienes el poder pa escoxer lo que quieras”. Cogí la caxa. La caparina taba ellí, delante de mí, quieta ensin movese. Tovía non podía creelo, non podía creer aquello. “ Ya lo entenderás, creeme, ya lo entenderás”. Too cambió de repente, en pocos meses too taba pates arriba na mio vida, ná tenía sentíu—.
- Non-y falé ‘n díes. Yo non quería comer, non quería facer ná. Mirábalu y ca día me parecía más estrañu. Aquella piel yera perfeta, aquellos ojos parecien sin vida, aquel llugar parecía aisláu de la realidá. Y un día volvió a falame “ Tienes que comer”. Respondi-y que si aquella caparina taba petrificada non podía pasame nada. Odiábalu, odiábalu por too aquello. Cada día taba más débil, hasta que llegó un día nel que non yera capaz a moveme de la cama. “ Tienes que comer”. Non respondí nada, solo lloré. “Por favor, non puedo vete así” dixome acariciándome la cara. Aquello yera igual qu’aquel día que lu vi por primera vez. Volvíamos a tar igual qu’al principiu. Diome un besu na frente y salió de la habitación. Quería grita-y que volviese, pero yo non tenía fuerces. Dempués de tratalu como lu taba tratando tovía venía y se preocupaba por mí, sin rencor, sin reproches. Non se cuántu tiempu pasó hasta que volvió. Tenía los güeyos enroxecíos y taba mui desmexoráu. “Por favor”, fue lo único que me dixo. Fice-y un xestu cola cabeza en señal de rendición y abrazome—.

—Too fue como la primera vez, pero esta vez falábame. Contábame que había cambiao algunes cosas na casa, qu'había plantao mas flores, que la primavera avanzaba dexándolo too lleno de vida. Pregunté-y por les caparines. “Equí siguen”. Les selmanes volvieron a avanzar y pude llevantame de nuevo ensin qu'él se diere cuenta. Busquelu pola casa y non lu encontré. Y salí fuera y tampoco lu vi. Senteme ellí fuera, hasta que viniere. Les caparines revoloteaben por ellí, munches marchaben, munches volaben otro poco por ellí—.

—Tardó en volver y cuando volvió sorprendiose de veme ellí. Acerco-se a mí y sentose al mio llau. “ ¿Ya confíes más en mí?” preguntome seriu. Pedí-y perdón por portame esí con él, non lo merecía. En cuanto a lo de les caparines respondí-y que non acababa de comprendelo mui bien. “ Nin tú ni nadie, nin yo mismu lo entiendo. Yo solo les vixilo, solo eso”. Quedamos callaos ensin decir ná, mirando pa elles. Cogiome un mano y empezó a acariciala. “ Siempre tuve solu, ensin nadie. Non sabía lo que ye que te importe alguien, ye difícil de describir”. Mirelu fixamente. Non sabía a qué venía aquello. Abrazome y diome un besu nel pelu. Yo también lu abracé y empecé a llorar. “ Non llores por favor” dixo secándome les llágrimes. Y entós bosome, y yo no me negué. Aquella unión yera mui rara. Dende el principiu non pude parar de mirar pa él a toes hores, era demasiao perfetu, demasiau estrañu. “Esto tá mal” me dixo al oídu. Y volví a besalu pa que non falare más—.

—Non me separaba d'él ni un minutu, non yéramos capaces. Facíamos too juntos, incluso dormía conmigo. Non podía imaxinar la vida sin él—.

—Un día llevome a través del monte hasta una cabaña. Yera de madera, preciosa. “ Equí desperté un día, ensin saber quien yera. Solo m'acordaba de lo de les caparines, de que tenía que vixilales. Desperté sin saber quién yera. Fui al pueblu un día y contáronme la hestoria de les caparines, hestoria que toos conocíen dende años, dende tiempos remotos. Pocu a pocu fui faciendo la casa, cola ayuda del la xente del pueblu. Ellos sabíen lo que yera yo, y por eso m'ayudaben. Al final la casa terminose y yo fui a vivir n'ella. La xente pocu a pocu dexó de venir equí, hasta 'l puntu de que cuasi naide sabe de la esistencia d'esti llugar. Solo saben la hestoria de les caparines, hestoria que non cayó nel olvidu” . Cogiome de la mano y llevome dentro. Ellí había una cama de madera con sábanes d'ún blanco immaculao y una mesa con una silla. Too era per vieyo. “ Equí vine cada vez que no me facíes casu, o cuandu m'odiabas con toles tos fuerces, esto ye 'l mio llugar secretu, el mio llugar de reflexión” . Dixe-y que yera precioso too aquello. Había unes cortines blanques na ventana, qu'ocultaben el interior d'aquel llugar. Sentose na cama y sentome nes sos rodielles. “No puedo vivir sin ti, no puedo” . Repondi-y que yo tampoco. Siempre taba triste, ensin saber yo la razón. Yo era la más feliz del mundo con él pero él a pesar de decir que yo yera lo único que-y importaba taba triste. Y col tiempu comprendí el por qué—.

—Los años pasaben por mí pero por él non. Yo iba envexeciendo pocu a pocu, pero él non. El seguía igual. Al principiu era poca la diferencia, pero dempués la diferencia yera más evidente. Un día míreme nel espeyu y vi que yo ya diba faciéndome vieya y entamé a gritar. Él vino a ver qué pasaba y empecé a grita-y qu' aquello non podía continuar, que taba pudriéndome, que no quería que me viere esí. “Dame igual, dame igual, tú yes la mesma, la mesma que llegó aquel día, vas ser siempre la mesma pa mí, siempre, siempre”. Grité-y que marchare d'ellí y él non lo fizo. Cada día taba peor, non paraba de llorar. Non podía ver aquello, non podía ver lo que taba pasando. Ya ni me levantaba de la cama. Él víame mal, cada vez peor, y él taba también mui mal, por veme esí. “ Dexa que te cuide otra vez, por favor te lo pido, por favor”. Pero esta vez non tenía efetu. Yo taba atormentada, ensin saber que facer, ensin saber que diba a a pasar—.

—Él últimu día que lu vi entró na habitación llorando. Nunca lu vi llorar hasta aquel día. “De verdá quies que cole”, preguntome cogiéndome la mano. Respondí-y que sí cola cabeza. Besome por última vez y quedó un ratu mirándome: “Siempre voi a estar ehí, siempre”. Y marchó, dexando al mio llau la caxa donde taba la caparines. Pocu a pocu fui recuperándome, col pasu del tiempu. La soledá yera la mio compañera. Dime cuenta de que non volví a ver persones dende aquella última nuechi col mio hermanu. Aisleme de too, ensin importame—.

—Igual mio pá y mio má non taben muertos. Tampoco sabía na de que pasaba en España, ni me importaba. Pasaba los días mirando les caparines y envexeciendo. Munches veces maldixe el día que la caparines dexó de volar, el día que la puso na caja de madera. Otros lloraba pensando que too aquello acabó. Un día un home llegó equí y espantelu. La mio compañera yera la soledá. Vino alguien más y fice lo mismo. Empecé a ganar la fama de bruxa por eso. Y colos años ya naide volvió. Hasta hoi, que llegaste tú, ensin pensar en lo que dicen. Ya toi cansada de vivir, de too esto. Pero non quería que la hestoria cayere nel olvidu. Probablemente non me creas, probablemente pienses qu'esto ye una tontería, que non ye verdá—.

Yo taba ellí sentada ascuchando la hestoria ensin decir nada. Non la creía, la verdá. Sí ye verdá qu'oí la hestoria de lo de les caparines nel pueblu, pero solo como una leyenda. Había algún paisanu vieyu que sí que la creía, pero la mayor parte de la xente decía qu'aquello yera parte de les creencies antigües del pueblu. Cómo no iba a saber aquella muyer qu' el réxime había finao facía años ya, como diba a tar aislada sin naide con quien falar, como diba a tar ellí ensin que nadie y pidiere pagar, ensin datos, ensin nada. Ya yera de nuechi. En mio casa debíen tar preocupaos por mí. Tenía que marchar, pero diba a volver.

—Tengo que marchar, pero mañana voi volver— y dixé a la muyer.

—Non fae falta que vuelvas— respondiome la muyer.

—Xúrotelo— y marché ensin despedime cuasi.

Pol camín non pude parar de pensar n'aquella hestoria. Yera increíble, yera falsa. Los años debieron facer a la muyer lloca. Entós dime cuenta que non sabía cómo se llamaba, non sabía quien yera. Tampoco m'había dicho el nome del home de les caparines.

Al día siguiente nel pueblu faláronme de la leyenda. Si una caparines se te presenta ye que vas morrer. La caparines ye un regalu del cielu pa que te despidas, pa que dexes too en orden, pa que puedas morrer en paz. Tamién me faláron que la leyenda decía qu'un home les controlaba, les vixilaba, pero que eso yera algo que inventó algienu. Los paisanos creíen la hestoria de les caparines, decíen que cuando se-yos presentare iben despedise de la familia. Aquella muyer lo más seguru ye que volviouse lloca e inventose una hestoria na so cabeza, pa combatir la soledá. Decidí que diba volver a vela otra vez. Fue por aquel camín cuasi invisible porque too taba llenu de artos y felechos. Y entos llegué a la casa. Y fice sonar la campanina. Pero esta vez no fue a abrime. La puerta taba abierta y acabé entrando. Dixé hola a voces varies veces pa que viniera pero non venía. Fui a la cocina y ellí había una carta y una caxa. Tuve una corazonada irracional de qu'aquella caxa ye la que describía el día anterior.

Abrí la carta y solo traía una frase: “ La caparina va a entamar a volar otra vez. Non me busques, esté ya va a finar. Quizá non me crees, pero el mio consue-
lu ta en que alguien lo sepa. Sube pol camín que lleva a la cima de too, ónde
pues tocar les estrelles y ellí vas a alcontrar la respuesta”. Non entendía aque-
lla carta, y lo que menos entendía yera la frase del final. Non sabía que signi-
ficaba aquello. Posé la carta y coxí la caja. Non m’ atrevía a abrila. Y finalmen-
te fícelo. La caparina salió volando, una caparina verde y pequeña, y perdió-
se nel monte.

Dexeme caer nel suelu. Aquello yera demasio raro. Y entos comprendí lo que
decía la carta. La caparina entamó a volar otra vez, iba a morrer. Aquello non
podía tar pasando, non. Busqué a la muyer un ratu más y volví pa casa con la
caja vacía y la carta. Leíla un montón de veces. Aquello era mui raro.

Volví durante semanas ellí, ensin ésitu. La muyer non taba, esfumose ensin de-
xar rastru. Acabé desistiendo y dexé de buscala. Non entendía la segunda par-
te del mesaxe de la muyer. Falaba d’un camín a algún llugar. N’aquel pueblu
había un montón de caminos, yera cuasi imposible. Andé ‘l monte de arriba aba-
jo, encluso cuando era una guaja. Y perdime montones de veces en él, siguien-
do caminos que ya naide usaba. Por más que buscaba na mio mente non al-
contraba ninguna pista, ná. Y entos alcordeme d’ unu en particular. Una vez per-
dime n’ún que diba monte arriba, caminé durante hores esplorando y non aca-
ba de llegar al final. Entós alcontrome mio má y llevome otra vez pa casa. Y nun-

ca tuve curiosidá de saber a ónde llevaba. Taba cerca d' un molín y cuasi nin se vía. Salí corriendo de casa y corrí hasta ellí cuasi ensin respirar. Paré a tomar aire al llau del molín y empecé a buscalu. Y alcontré el iniciu. Y empecé a subir. Pasé hores subiendo por ellí, ensin llegar al final. Todo yera árboles, non vía nada. La única guía que tenía yera alguna piedra que tenía como vestixiu el camín de tar empedráu. Y entós quedé paralizá. Ellí había una cabaña, cola madera cuasi podría y medio cayendo. Unes cortines amarillentos ondeaben a través de los aguxeros de les ventanes, que non teníen cristales. El mio corazón latía desbocáu, asustáu por aquello. Pocu a pocu acérqueme a la entrada y abrí la puerta. Y entos vilu ellí en mediu, lo que aquella muyer me contó y que yo non creí: El rostru espresaba tranquilidá, cuasi parecía que sonriere pa tola eternidá. Tenía los güeyos abiertos, mirando pal infinitu, d'ún color azul, cuasi blancos. El pelu rubiu, cuasi blancu tamién, tapaba-y la metá de la cara, naque non tenía ni una sola arruga, y desparramábase al so alrededor. Taba tendíu nel suelu, boca arriba, coles manos na empuñadura d'una especie de puñal, que s'hundía nel bandullu. Non había ni una sola de sangre, parecía una figura de cera, qu' en xamás viviera. Cuandu vi aquello pensé en qu' ella non mintió nunca, que tolo que contó yera verdá, qu'aquella historia increíble finó, y delante de los míos güeyos. Acerquéme y pesllé-y los güeyos, aquellos que tanto vieron y vivieron. Dempués entamé a correr.



Organizan:



Colaboran:

